

RUMBO A MÉXICO EN TIEMPO DE INCERTIDUMBRES, 1939 EN LAS CULTURAS POLÍTICAS DE LA IZQUIERDA ESPAÑOLA

Jorge de Hoyos Puente
Universidad de Cantabria¹

Setenta años después del final de la guerra civil española y el inicio del exilio republicano, el interés social y científico por estos acontecimientos no ha decaído. El papel de las conmemoraciones, por un lado, y los debates que rodean las distintas vertientes de lo que en los últimos años se ha denominado la Memoria Histórica, por otro, han contribuido a mantener, e incluso estimular, la inquietud de investigadores y ciudadanos por las circunstancias del final del primer intento democratizador sólido de nuestro difícil siglo XX. Pese a que la mayoría de las incógnitas han sido despejadas por la historiografía reciente, el final de la Guerra Civil y la gestión de los primeros meses de la vida política en el exilio, continúan despertando preguntas, dudas e inquietudes acerca de las circunstancias que propiciaron la derrota de la democracia, así como el devenir político de sus principales sostenedores. En los últimos años han ido apareciendo importantes trabajos de sólidos historiadores, que han contribuido a esclarecer una parte muy importante de la vida política de los primeros años del exilio republicano de 1939.² En ese sentido, resulta imprescindible señalar que algunos de los cambios teóricos y epistemológicos que ha experimentado la ciencia histórica en las últimas décadas, han contribuido a recuperar el interés por la dimensión política. Así, desde la reivindicación de la historia cultural de la política, los historiadores llevan tiempo escudriñando el pasado desde nuevas perspectivas de análisis. El interés por el estudio y definición de las culturas políticas ha aportado grandes e importantes avances al respecto. Nuevas inquietudes y nuevos paradigmas que abren el campo de investigación hacia facetas antes poco exploradas. Desde la interdisciplinaridad, hemos podido comprobar hasta qué punto existen elementos en el terreno de lo imaginario, lo simbólico y lo sentimental que contribuyen de forma sustancial a un mejor acercamiento a la configuración de las culturas políticas. En el caso de la guerra civil y el exilio republicano estas cuestiones pueden resultar centrales a la hora de comprender comportamientos, evoluciones y transformaciones tanto discursivas

como estratégicas. A lo largo de este artículo, trataré de hacer un breve repaso a estas cuestiones, y su influencia en la evolución de las distintas culturas políticas que, tras la derrota republicana, llegaron a México con la esperanza de un pronto regreso a España.

Para comenzar, resulta imprescindible realizar una breve explicación sobre los marcos teóricos en torno a los que manejamos la noción de «culturas políticas», así como de dos conceptos más estrechamente ligados al de «cultura política» como son «imaginario» o «identidad». Sobre el concepto de cultura política se ha escrito y trabajado mucho en las últimas décadas desde que Gabriel Almond y Sydney Verba lo pusieron en circulación en los años sesenta del siglo XX.³ Si nos centramos en el ámbito geográfico español, trabajos como los coordinados por M.^a Luz Morán,⁴ y los más recientes de Miguel Ángel Cabrera, Manuel Suárez, Román Miguel o Javier de Diego, entre otros, ponen en evidencia la importancia del estudio y análisis de los discursos, los lenguajes pero también las prácticas, los ritos, los símbolos, a la hora de acercarse al estudio del mundo político⁵. Tomando la definición de «cultura política» de M.^a Luz Morán, esto es, «el conjunto de recursos empleados para pensar sobre el mundo político»,⁶ podemos comprender la necesidad de atender a elementos que van mucho más allá de la esfera ideológica u organizativa, y que conectan transversalmente con aspectos fundamentales antes desatendidos. Tradiciones, costumbres y experiencias compartidas, toman importancia en tanto que conforman, de forma trascendente, el imaginario de todo individuo, esa «urdimbre de significaciones» como definió Castoriadis al imaginario, a través de la cual todo individuo construye e interpreta la realidad circundante.⁷ En ese sentido, las culturas políticas son producto de la conformación de distintos imaginarios colectivos, distintas formas de pensar, de vivir y de sentir el mundo, que conforman identidades, articuladas en torno a lenguajes, experiencias y expectativas compartidas. Son relaciones culturales de carácter histórico que tienen un recorrido finito y que, para sobrevivir, deben estar sometidas a permanente reelaboración. Toda cultura política alberga una concepción general de la sociedad,⁸ lo que implica también un discurso propio, una serie de imágenes, de mitos, de metáforas que se proyectan en prácticas sociales, en modos de relacionarse con otras culturas políticas, con instituciones, etc. Al igual que ocurre con el nacionalismo,⁹ la adscripción a una cultura política tiene mucho de estético, de idealización simbólica, de construcción de mitos y de instrumentalización de todo tipo de imágenes que son sometidas a interpretaciones variadas. Las culturas políticas crecen y se definen a través de una determinada sociabilidad, de compartir espacios, ritos y símbolos que permiten construir marcos de certezas, discursos de legitimación, pero también de demonización. En definitiva, nuestra propuesta metodológica transita desde el estudio de los imaginarios hasta las culturas políticas, partiendo de la percepción de que es desde los diferentes imaginarios, desde donde se cons-

truyen y articulan las identidades, sin las cuales difícilmente podemos comprender muchos de los elementos centrales que configuran las culturas políticas que, en ocasiones, trascienden a movimientos sociales.

Las culturas políticas de la izquierda española, que impulsaron la construcción de la Segunda República, procedían de, al menos, dos imaginarios bien diferenciados que confluyeron en un proyecto del que, unos y otros, esperaban resultados que, a largo plazo, resultaban incompatibles entre sí. Reformistas y revolucionarios, liberales y obreristas, trataron de armonizar sus aspiraciones de parte, trabajando en la dirección que marcaban aquellos elementos compartidos. Así, el primer bienio republicano permitió la realización de un amplio programa de reformas educativas, laborales y sociales, encaminadas a la construcción de un nuevo Estado que permitiese el acceso a la ciudadanía a todos los españoles. Tanto el imaginario reformista, del que participaban las organizaciones republicanas liberales y una parte importante del Partido Socialista Obrero Español, como el imaginario obrerista, en sus distintas vertientes, socialista, comunista o libertaria, desarrollaron sus discursos, prácticas, proyectos, ritos y espacios de sociabilidad propios, en un ambiente de libertades públicas desconocido en España hasta el momento. Si los sectores obreristas consiguieron un nivel de organización político, social y cultural muy elevado, fueron las tesis reformistas las que marcaron la agenda política de la Segunda República desde sus inicios.

La actitud de abierta hostilidad al Estado modernizador que representaba la Segunda República, desplegada por los sectores conservadores, católicos y reaccionarios, contribuyó a la radicalización de los discursos y las prácticas de los sectores más radicales de la izquierda española. Las derechas españolas vieron aquel proyecto como un atentado contra el *statu quo* del que secularmente habían gozado y no como una oportunidad de extensión de derechos. Contrarios a la democracia como forma de articulación social, no dudaron, sin embargo, en utilizar el amplio marco de libertades políticas creadas para pugnar desde ese terreno, pero también en muchos otros, contra el Estado que los españoles libremente habían decidido. La experiencia republicana coincidió con el surgimiento de la sociedad de masas, que se incorporaba activamente a la vida política a través de las urnas, pero también de la movilización masiva, el mitin o la huelga. Así, muchos españoles trataban de sacudirse el yugo con el que secularmente habían cargado, impuesto por los señoritos, los caciques y los curas. Tiempos de manifestaciones, huelgas y mítines que desplegaban un importante contenido simbólico, donde no faltaban referencias a líderes obreros mundiales, canciones revolucionarias, etc. El espacio público se convirtió en un terreno por el cual se pugnaba desde distintas ideologías y posiciones políticas. El tiempo político se aceleró, y el sistema institucional quedó colapsado frente a la pujanza de los partidos y ante una rápida evolución de las culturas políticas que, impulsadas por la proliferación de los discursos de

máximos, pugnaron por la hegemonía nacional. La incapacidad de las derechas españolas para aceptar la derrota en las urnas propició la conflagración bélica que sumió al país en una de las etapas más negras de su historia.

LA DIFÍCIL GESTIÓN DE LOS ÚLTIMOS MESES DE LA CONTIENDA

La Guerra Civil española, una de las guerras más complejas que ha despertado el interés de investigadores de todo el mundo, generó fuertes desavenencias entre los partidarios de la legalidad republicana desde el comienzo.¹⁰ Muchos fueron los factores que influyeron en el desarrollo y el final de la guerra civil española, y que han sido estudiados de forma pormenorizada por la historiografía reciente. Lo que nos interesa aquí es indagar en los efectos de la guerra para las culturas políticas alineadas en la defensa de la República. La Guerra Civil transformó en muchos sentidos los imaginarios de las izquierdas españolas que sometidos a la violencia desatada realizaron nuevas lecturas de la situación a la que se enfrentaban. Los consensos alcanzados en 1935 por las fuerzas políticas de izquierda, que permitieron el triunfo de la coalición electoral en febrero de 1936, fueron una víctima más de la contienda bélica. La alianza del Frente Popular fue relegada al olvido por una buena parte de sus firmantes. Conocidas son las pugnas entre los comunistas del PCE, por un lado, y los comunistas del POUM, anarquistas de la CNT y la FAI, por otro, y más tarde el choque entre socialistas y comunistas. Estos enfrentamientos llevaron a mantener momentos de guerra civil dentro del propio bando republicano.¹¹ Si analizamos el origen de dichos conflictos podemos comprobar que la raíz está en la lucha por la hegemonía política dentro de la izquierda española, por los intentos de alcanzar la supremacía organizativa, con el fin último de construir un determinado modelo de sociedad.

Pamela Radcliff sostiene que el estallido de la Guerra Civil contribuyó a desdibujar la imagen de la República, que quedó dividida entre la «República de los trabajadores» y la «República democrática».¹² Este hecho, que debilitó a la República frente a sus oponentes que contaban con una imagen más definida en torno a los valores que representaban, fue un obstáculo sobre todo en lo que se refiere al exterior y a la posibilidad de proyectar ante las potencias internacionales una idea clara de lo que se estaba jugando en España. El hecho de que fuesen las organizaciones obreras las que tomaron la iniciativa en el primer momento marcó un sesgo importante en la guerra. Organizaciones sindicales como la CNT o UGT, y partidos como el PCE y una parte muy importante del PSOE, sí contaban con los elementos esenciales dentro de sus culturas políticas, para hacer frente a una crisis como aquella. Adiestrados en las luchas obreras, su lenguaje de combate era más propio para afrontar aquella agresión a la democracia, que a sus ojos era otra más, tras la llegada de la CEDA al poder. Cabe resaltar, en ese sentido, la participación

activa de la CNT en la lucha contra lo que denominaron el «fascismo internacional» y, por lo tanto, la defensa de la República burguesa.¹³ Un lenguaje, pero también unas prácticas y unos espacios de sociabilidad nuevos, que para el imaginario obrerista era más fácil de encajar, al contar con los instrumentos culturales y políticos necesarios. La lucha de clases, que tanto espantaba a los republicanos reformistas, podía haber llegado. El reformismo fue quedando, en buena medida, progresivamente anulado durante el transcurso de la guerra. Muchos de sus integrantes pasaron a engrosar las organizaciones más combativas, o que contaban, mejor dicho, con mejores instrumentos para tratar de combatir eficazmente, a los rebeldes. Éstos fueron construyendo un discurso demonizador que subvertía el orden establecido. Los defensores de la legalidad pasaron a ser la «antiEspaña», hordas marxistas extranjerizantes, que querían acabar con la España eterna. El miedo al «rojo» fue extendido entre sectores de las clases medias que entregaban sus joyas para financiar la Cruzada. La cobertura de la Iglesia católica y los apoyos internacionales, así como no pocos errores de la República, favorecieron el progresivo avance de los autoproclamados «nacionales».

Los últimos meses de la Guerra Civil pusieron en evidencia las graves discrepancias existentes entre los defensores de la República española. El desgaste derivado de un cruento conflicto civil con dimensiones internacionales, hizo mella en la política de equilibrios y alianzas que se había forjado, no sin dificultades, en 1935 y que permitió el triunfo electoral del Frente Popular. 1938 había finalizado con la derrota republicana en su última gran apuesta militar, escenificada en la Batalla del Ebro, que causó un profundo desgaste armamentístico, moral y personal para la causa republicana. La derrota en esta decisiva batalla, así como la caída de Barcelona en enero de 1939 situaba al gobierno de la República contra las cuerdas, cuestionado por amplios sectores tanto del PSOE como de los partidos republicanos liberales. Sus críticas se asentaban en el cansancio provocado por una guerra devastadora, que había desgastado multitud de confianzas y relaciones personales, y que había encontrado en una parte del discurso de los rebeldes elementos a asimilar, como ocurrió con la demonización de los comunistas. Los reformistas españoles, ya procediesen del PSOE o de los partidos republicanos liberales, no pudieron adaptarse ni al lenguaje de la guerra, ni a sus prácticas. Lo que para la historia supone una evidente superioridad moral, en la práctica política del momento supuso un grave lastre. Su imaginario asentaba como principios básicos el reformismo, el pacifismo y las vías democráticas como mecanismos de actuación política. Sin embargo, y ante el desplazamiento político que estaban experimentando a lo largo de la guerra, desarrollaron un lenguaje beligerante ante los que consideraron sus oponentes dentro de la izquierda.

Tras la última reunión de las Cortes republicanas en el castillo de Figueras, donde los diputados acordaron continuar luchando incluso si se producía la pér-

dida de todo el territorio nacional, así como el apoyo al gobierno presidido por Juan Negrín, las autoridades republicanas cruzaron la frontera rodeados de decenas de miles de españoles, que trataban de encontrar resguardo para sus vidas en el país galo. Sin duda, la experiencia derivada del cruce de la frontera francesa tuvo sus consecuencias en muchos de los dirigentes políticos. Imágenes dantescas que se sumaban a las vividas con mayor o menor cercanía en los campos de batalla y en las ciudades asediadas. Pese a lo aprobado por las Cortes, no todos estuvieron dispuestos a acatar aquella decisión, conscientes de la dificultad que entrañaba. Muchos de los dirigentes más pesimistas, optaron por tratar de acabar la guerra cuanto antes, para poner fin a aquella locura colectiva en que estaba sumida España. Un intento de salvar vidas a cambio de la rendición de la República. El presidente de la República, Manuel Azaña y el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, junto con destacados militares como el general Rojo, eran claros partidarios de esa vía.¹⁴ No así Negrín que regresó a territorio español para continuar una lucha que para muchos carecía ya de sentido. Abandonado por casi todos, con los militares en contra, Negrín encontró apoyo en los militares comunistas que compartían sus tesis de continuar la lucha, a la espera del estallido del inevitable conflicto europeo.¹⁵

De esta división surgió una nueva forma de hacer política, entre los contrarios a las tesis de resistencia a ultranza, que asentó una nueva alianza entre dos alas opuestas dentro del socialismo español, la caballerista, nutrida de obreristas temerosos del crecimiento del PCE, y del sector más moderado encabezado ya de forma indiscutible por Indalecio Prieto. A ellos se sumaron una parte importante de Izquierda Republicana y Unión Republicana. Todos juntos formaron un ariete potente contra el gobierno legítimo presidido por Juan Negrín. De su demonización y criminalización por ser «un agente al servicio de Moscú», acusación hoy desmontada por la historiografía más solvente, nació la necesidad de acabar cuanto antes con la guerra. El agotamiento, por el altísimo costo personal y político, que acarrió a todos los sectores de la izquierda española es, sin duda, innegable. Sin embargo, en ese proceso de descomposición generalizado, fue el Partido Socialista la organización que más contribuyó a esa fractura. Divididos como estaban desde hacía años entre sus dos almas, la revolucionaria y la reformista, sus tensiones acabaron arrastrando al resto de las organizaciones políticas. La actitud de importantes sectores del PSOE hacia su compañero de filas y presidente del Consejo de Ministros, fue, cuanto menos, desleal. Su actitud sólo se puede comprender cuando constatamos las profundas diferencias de percepción y análisis de las que partían. También, hay que tener en cuenta, que el clima bélico facilitó la indisciplina de muchos dirigentes frente a la Ejecutiva Socialista dirigida por Ramón González Peña y Ramón Lamonedá, que apoyaron al presidente del Gobierno hasta el final. Con todo, la obsesión por terminar la guerra de los contrarios a Negrín, propició la fractura política de cualquier posibilidad de acuerdo duradero para aquellas culturas políticas, iniciando así el propio final de su existencia.

Tras el reconocimiento por parte de Francia y Gran Bretaña del gobierno franquista en febrero de 1939, Manuel Azaña presentó su renuncia a la presidencia de la República. Azaña, desmoralizado y superado por los acontecimientos acaecidos en su querida España, dimitía de sus responsabilidades en la confianza de que con su actitud, podía favorecer la resolución del conflicto.¹⁶ El abandono internacional de las democracias europeas para con la República española propició el inicio de una profunda crisis institucional dentro de las filas republicanas que no hizo sino evidenciar las profundas discrepancias que existían dentro de las organizaciones que defendían la legalidad establecida. Así, buena parte de los sectores reformistas, aliados con el obrerismo caballerista, buscaron acabar con la guerra por todos los medios posibles, e incluso imposibles. La decisión de Azaña le alineaba de forma clara con los partidarios de acabar con la guerra cuanto antes, asumiendo ya la derrota republicana, en la esperanza de poder así parar un baño de sangre que, a todas luces, resultaba ya insostenible. Vacante la Presidencia del Estado correspondía por mandato constitucional al presidente de las Cortes, el sevillano Diego Martínez Barrio, asumir de forma interina la dirección del país, pudiendo incluso relevar legalmente al gobierno constitucional.¹⁷ Sin embargo, Martínez Barrio prefirió no cumplir con su obligación en aquella ocasión, y rechazó la más alta magistratura del Estado. Probablemente atenazado por el miedo y la responsabilidad de ser el último responsable de la derrota republicana, Martínez Barrio prefirió que fuese otro el que cargase con esa pesada responsabilidad histórica. Así, sin posibilidad legal de retirar sus poderes constitucionales a Negrín, se articuló un proyecto desde Madrid para solucionar esta cuestión. Los hechos se sucedieron de forma vertiginosa, y, a los pocos días, se produjo un levantamiento dentro de las propias filas republicanas contra el gobierno Negrín. Un golpe, dirigido por el coronel Casado, que había conseguido aglutinar a destacados representantes del socialismo madrileño como Julián Besteiro, Wenceslao Carrillo, anarcosindicalistas como Cipriano Mera y militares como el general Miaja.¹⁸ La intención de los golpistas era acabar con la guerra mediante la negociación con los franquistas. Para ello, emprendieron de forma unilateral un intento de negociación tras el desconocimiento de la autoridad del gobierno republicano. Desconocemos hasta qué punto la actitud de Martínez Barrio y la de los sublevados en Madrid estuvo coordinada. Sin embargo, ambas actuaciones compartían objetivos y, en la práctica, bebían de un mismo sustrato que a lo largo de la guerra había identificado a los comunistas españoles como agentes extranjerizantes al servicio de Moscú. Un discurso que, construido desde las derechas sublevadas, había traspasado al otro lado de las trincheras calando en el imaginario de no pocos partidarios de la República.

La actitud de Negrín de resistir hasta el final se había conformado gracias a la abundante información que había manejado a lo largo de su mandato. Así,

Negrín sabía de la imposibilidad de establecer una negociación para alcanzar una paz digna para la República. Y así lo sabían también algunos de los principales actores de la sublevación de la Junta de Madrid. En las memorias de Cipriano Mera encontramos recogidas las profundas reticencias que, durante la guerra, se habían ido forjando sobre la actuación de los comunistas. También se recoge su versión de una trascendental entrevista celebrada entre el coronel Casado, el presidente Negrín y el propio Mera, celebrada el 23 de febrero en Alcohete, Guadalajara, para estudiar la situación una vez perdida Cataluña. En la reunión, Mera plantea como posibilidad, ante la delicada situación que atraviesan los republicanos tras las derrotas y la falta de suministros bélicos, iniciar intentos de pactar la rendición con Franco. A este respecto, Negrín les informó de que había tratado de realizar gestiones en ese sentido a través de Gran Bretaña y que la respuesta había sido negativa por lo que la República sólo tenía la opción de resistir.¹⁹ De esta reunión se desprende que los futuros golpistas estaban informados de las gestiones realizadas por Negrín para conseguir una paz que Franco no quería en ningún caso, y, por tanto, uno de los argumentos centrales de su actuación posterior se tambalea, como también lo hace la acusación sobre la actitud comunista de Negrín, a tenor de estudios recientes.²⁰

La guerra civil entre republicanos puso final a un conflicto bélico, pero abonó el caldo de cultivo para las divisiones políticas en el exilio. El golpe de Casado contribuyó al hundimiento definitivo de las opciones bélicas de la República, que controlaba todavía un importante sector de la península. El golpe permitió también la caída de Madrid sin conseguir ninguno de los objetivos que la Junta casadista se había propuesto. Muchos leales de la República, que se habían destacado en la defensa de Madrid, se encontraron sin posibilidad de escapar y fueron ejecutados sin piedad. Franco no estaba dispuesto a hacer actos de conmiseración con la población civil y con el final de la Guerra Civil intensificó su política de eliminación sistemática de todos aquellos elementos perjudiciales para la España que quería construir con ayuda de la iglesia católica y demás sectores reaccionarios. Tocaba asumir la derrota y gestionar la difícil situación política en la que quedaban los vencidos de dentro y de fuera de España.

El golpe de Casado no sólo dificultó las ya de por sí maltrechas relaciones diplomáticas del gobierno republicano, sino que también fue un punto de no retorno para las relaciones entre las organizaciones políticas.²¹ El levantamiento producido contra el gobierno de Negrín se trató de justificar como un acto de defensa de la independencia de España frente a los designios comunistas que controlaban al doctor canario. Operaba de nuevo en el imaginario liberal la idea de que España estaba siendo atacada por potencias extranjeras, incluyendo a la Unión Soviética entre ellas. El Comité Central del PCE realizó una extensa declaración combatiendo los argumentos de la Junta y condenando su actuación con el fin de

aclarar su propia posición. La actitud seguida por los golpistas fue considerada por el PCE como un error esencial que rompía con la unidad del pueblo español, escenificada en el Frente Popular. En una defensa de su estrategia de resistir rebatieron todos los argumentos que los acusaban de elementos extranjerizantes al servicio de la URSS y de sublevar Cartagena. Para la dirección comunista, el golpe de Casado estaba inspirado por fascistas, burgueses e imperialistas extranjeros, que buscaban romper la unidad nacional y conseguir así acabar con las posibilidades de victoria del Frente Popular. Como sabemos, no eran éstos los motivos que llevaron al golpe, sino el cansancio y desgaste de la guerra, así como la firme convicción mantenida de que la victoria resultaba imposible y alargar la guerra sólo causaría más dolor. Para el PCE, mantener la guerra era imprescindible para la obtención de una paz con condiciones, esto es, la independencia de España, la libertad del pueblo y la ausencia de represalias, algo que, según ellos, sólo podía alcanzarse si se continuaba apoyando al ejército republicano. Para terminar, dedicaron un mensaje a los militantes socialistas, recordando que tanto Negrín como Ramón González Peña continuaban en la estela del honrado Pablo Iglesias, frente a Besteiro o Wenceslao Carrillo, que lo habían traicionado.²² De este modo, quedaba marcada una línea divisoria entre aquellos que aprobaban la gestión de Negrín y los que la condenaban abiertamente. Una línea que se convertiría en una gran grieta infranqueable a lo largo de los meses siguientes.

EL PAPEL DE MÉXICO EN LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE LA GUERRA

Hasta prácticamente el último mes de la guerra, México desempeñó un papel secundario dentro de la división política de las izquierdas españolas. Aliado fiel a la República, desde sus limitadas posiciones el país dirigido por Lázaro Cárdenas se había convertido en uno de los pocos Estados que habían contribuido, de forma decidida, al sostenimiento político, diplomático y material de la República asediada. El envío de 20.000 fusiles y 20 millones de cartuchos por parte del Gobierno mexicano contribuyó a la defensa de Madrid y alcanzó un nivel propagandístico importante. Asimismo, su disponibilidad para recibir a niños con el fin de evitarles el sufrimiento de la guerra, como los niños que fueron acogidos en Morelia en 1937, o el apoyo incondicional en la Sociedad de Naciones de los diplomáticos mexicanos que defendieron con más ímpetu que los propios diplomáticos españoles la falacia de la doctrina de la No Intervención.²³ Isidro Fabela, embajador de México en la Sociedad de Naciones realizó una importante labor en defensa de la República.²⁴ La correspondencia diplomática nos demuestra cómo el presidente Cárdenas asumió la defensa internacional de la República de forma muy personal.²⁵ Su determinación llegó al punto de escribir al presidente Roosevelt el 17 de junio de 1937 de forma monográfica para tratar el tema español y buscar el apoyo

estadounidense a favor del gobierno legítimo y democrático de España.²⁶ También gracias a la correspondencia que mantenía con Cárdenas podemos ver cómo la capacidad de análisis de Fabela y el error cometido por Azaña y Álvarez del Vayo al confiar en que la firma del pacto de No Intervención suponía la retirada de Alemania e Italia de España.²⁷ México estaba dispuesto también a convertirse en un lugar de refugio para intelectuales españoles y para ello creó la Casa de España bajo la dirección de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas.²⁸ También México estuvo a la altura ante la petición tramitada por Juan Simeón Vidarte, a instancias de Negrín, para la recepción de refugiados en caso de producirse la derrota republicana.²⁹ Por todo ello, México fue durante la guerra un aliado fiel de la República.

A pesar de esto, las autoridades mexicanas tomaron dos decisiones que han pasado un tanto desapercibidas. Dos cuestiones esenciales para comprender el enconamiento de la fractura entre los grupos políticos del exilio y que hicieron de México el nuevo campo de batalla para la izquierda española ya en el exilio. Por un lado, el reconocimiento por parte de México de la Junta de Casado, y, por otro, la entrega del yate *Vita* a Indalecio Prieto. Las dos decisiones, probablemente tomadas sin tener demasiados datos para establecer una decisión fundada, desequilibraron la balanza a favor de Prieto y perjudicaron de forma sustancial las tesis de Negrín contribuyendo a fracturar de forma prácticamente definitiva las posibilidades de restañar las heridas en aras de la construcción de la unidad política del exilio. Dos hechos que, además, favorecieron la focalización en esas dos figuras políticas, que habían sido fraternalmente amigos, unas discrepancias que tenían un largo recorrido y distaban de ser sólo una cuestión personal.

El reconocimiento a la Junta Militar, constituida en Madrid en la noche del 4 al 5 de marzo de 1939 en los estertores de la República, se produjo en unas condiciones de confusión evidente para las autoridades mexicanas. La información proveniente de España era equívoca. No obstante, el reconocimiento a la Junta por parte del gobierno del general Cárdenas rompió *de iure* las relaciones diplomáticas con el Gobierno republicano, relaciones que no volverían a establecerse formalmente hasta la constitución del Gobierno Giral en 1945, tras la reunión de las Cortes celebrada precisamente en México, y con Manuel Ávila Camacho como Presidente mexicano. Por tanto, esta decisión restó legitimidad al gobierno presidido por Juan Negrín que perdía el apoyo de uno de los países que más firmemente había defendido su legalidad y contribuía a su vez a desestabilizarlo dentro de los difíciles equilibrios internos que existían entre las fuerzas políticas españolas partidarias de la causa republicana.

La segunda cuestión, la referente al famoso yate *Vita* es todavía más importante. Con la llegada de dicho buque a las costas mexicanas el 24 de marzo de 1939 se estableció la ruptura definitiva entre las facciones socialistas motivada, en buena medida, por el control de los recursos. La polémica en torno a lo ocurrido

con el cargamento del barco es una de las cuestiones más relatadas por parte de la historiografía reciente. Sin embargo, quedan aún muchas cuestiones por dilucidar. También la querrela alrededor del valor del cargamento que contenía el *Vita* sigue siendo hoy día un misterio a pesar del magnífico trabajo de Ángel Herrerin.³⁰ La entrega a Indalecio Prieto propició el enfrentamiento definitivo con el gobierno presidido por su compañero de partido y antiguo amigo, Juan Negrín. Abdón Mateos hace referencia a estas dos cuestiones y sugiere la posibilidad de que Cárdenas actuase así no de forma casual.³¹ Fuese cual fuese la motivación de Cárdenas, su actuación en estos dos asuntos contribuyó a convulsionar la maltrecha salud interna del exilio. Sin embargo, esto no puede deslucir la trascendencia que supuso el apoyo mexicano para los exiliados españoles. Sin el apoyo mexicano, difícilmente hubiesen conseguido la condena del franquismo en junio de 1945, verdadero impulso que las circunstancias internacionales convirtieron en una efímera declaración de intenciones tras el inicio de la Guerra Fría.³²

LA RUPTURA DE LA GUERRA EN DISCURSOS, PRÁCTICAS, SÍMBOLOS Y COTIDIANIDADES

La Guerra Civil continuó siendo para los exiliados motivo central de agrias discusiones, que marcaron la agenda política durante buena parte de los años cuarenta. Desde Londres, el dirigente socialista Wenceslao Carrillo arremetía una vez más contra la actitud de los comunistas y su subordinación a Moscú.³³ En ese sentido, México se convirtió en el nuevo campo de batalla para las organizaciones políticas que conformaron el exilio republicano. La batalla por la gestión de los fondos de ayuda a los refugiados y por el mantenimiento de la legalidad republicana en el exilio fue motivo preferente de conflicto.³⁴ De esta manera, las culturas políticas continuaron en México, y también en París, con la pugna por la hegemonía política, ahora en el exilio, lo que les llevó a desatender en algunos aspectos la lucha contra la dictadura. Los efectos traumáticos de la guerra y las duras experiencias individuales y colectivas a las que fue sometida la población española en su conjunto, no lograron modificar de forma sustancial los dos imaginarios en torno a los que se construían las distintas culturas políticas del exilio. Lo que sí modificó, y de forma notable, fueron las estrategias políticas y la percepción y autopercepción de los distintos grupos, en tanto en cuanto el «nosotros» y el «ellos», que en principio quedaría lejos de toda duda —esto es, «nosotros» los partidarios de la República, «ellos» los sublevados— también fue cuestionado. Los responsables políticos iniciaron un agrio debate sobre el origen de la guerra y las responsabilidades por la derrota.

El debate en torno a los orígenes de la guerra operó dentro del marco lógico de los dos imaginarios, que les llevó a una interpretación en términos de clase o de ciudadanía. Un grupo muy numeroso de exiliados interpretó la contienda civil

como una guerra de defensa, frente a la ocupación de las potencias extranjeras, Alemania e Italia, que, con el apoyo de las oligarquías españolas y la iglesia católica, pretendían acabar con el principal proyecto nacionalizador de España.³⁵ Para una parte fundamental del exilio, aquél que compartía un imaginario de corte liberal-democrático,³⁶ la guerra española tenía un alto componente internacional, llegando en ocasiones a construir un discurso que dejaba completamente al margen el origen civil de la misma. Dentro de este discurso, la guerra se había producido por una conjunción de fuerzas extranjeras, movidas por una ideología totalitaria, el fascismo o el nazi-fascismo, que habían sido apoyadas por sectores extranjerizantes españoles, provenientes de los sectores más conservadores y reaccionarios. El pueblo español quedaba al margen de todo lo ocurrido, prácticamente exento de toda responsabilidad, que se había convertido en una masa cautiva, secuestrada tras el dramático final de la guerra, incapaz de poder decidir sobre sus vidas, y al servicio de las potencias extranjeras. Franco era retratado como un ser despreciable, traidor a su país que, a cambio de detentar el poder, era capaz de entregar la soberanía española a otros Estados de corte totalitario. En muchas ocasiones fue representado como un auténtico pelele, muñeco en manos de otros intereses.

Para estos refugiados, los autodenominados «nacionales», la España vencedora, no eran más que los representantes de intereses extranjeros. El clero, las tropas «moras», italianas y alemanas representaban los intereses de naciones extranjeras, mientras que el pueblo español, en un acto de patriotismo sin igual, defendió hasta la extenuación su independencia y soberanía frente a la invasión. La resistencia ante el fascismo era a todas luces un acto de patriotismo. La publicación en México del libro del ministro de Estado del último gobierno Negrín, Julio Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, contribuyó de forma decisiva a construir la imagen de la guerra española como una lucha contra el fascismo internacional.³⁷ Álvarez del Vayo responsabilizó a las democracias europeas, a Francia y a Gran Bretaña principalmente, de abandonar a la República española. Sin embargo, apostó por un apoyo decidido a su papel para derrocar el totalitarismo fascista, dentro del cual incluía la dictadura franquista. La obra fue un referente para el sector socialista adicto a las tesis del negrinismo en México y contribuyó a mantener en los primeros momentos del exilio una distancia considerable con los comunistas, que concebían la guerra, como veremos a continuación, en términos de clase.

Esta explicación de la guerra en clave de conflicto de ocupación convivió con una segunda interpretación que justificaba el enfrentamiento bélico en clave de lucha de clases. Para las distintas culturas políticas que se configuraron dentro del imaginario obrerista, esto es, las organizaciones comunistas, PCE, PSUC y POUM, así como las libertarias de CNT y FAI, y el sector más radical del PSOE y la UGT, la reacción capitalista había movilizad sus tentáculos para defender su modelo de sociedad. Las oligarquías españolas, temerosas de perder sus privilegios

ancestrales, se habían rebelado, recurriendo a la ayuda extranjera, contra el pueblo para no perder su preeminencia. Esta visión, que ponía mucho más el acento en la responsabilidad de la oligarquía española, resaltaba el carácter civil de la guerra y arraigó en las organizaciones obreras, conviviendo con la crítica a las democracias europeas que habían dejado a su suerte a la joven república española. Por eso, las distintas revoluciones iniciadas en el fragor de la guerra por los anarquistas, fueron categorizadas como gran experiencia por ellos. También los comunistas utilizaron este discurso para criticar a las democracias burguesas y apostar por una República Popular al estilo de la Unión Soviética, su modelo en aquellos años marcados por el pacto germano-soviético.³⁸ Si bien es cierto que las dos interpretaciones de la guerra se fueron entrelazando, construyendo un híbrido entre ambas, el debate que suscitó demuestra las diferentes percepciones que existieron sobre un conflicto de orígenes muy complejos.

Sin embargo, lo que realmente fracturó al exilio no fue el debate en torno a los orígenes, sino a las responsabilidades en torno a su desarrollo y fracaso, donde, en la medida en que las acciones individuales fueron marcando la evolución a lo largo de la guerra de cada uno de los líderes, y de los subgrupos políticos. Entonces, el papel de los imaginarios pasó a un segundo plano, pero sin perder su poder de influencia en la mayoría de las decisiones. Las condiciones políticas en que se produjo el dramático final de la Guerra Civil española no pudieron ser más perjudiciales para la unidad de acción de las distintas organizaciones que habían defendido la República. La sublevación de la Junta de Casado contra el Gobierno legítimo resultó ser el peor de los finales para las izquierdas españolas en una más que desastrosa guerra civil. Por un lado, ninguno de los objetivos previstos por los republicanos organizados en torno a la Junta de Defensa Nacional de Madrid se cumplió. Franco no estaba dispuesto a perdonar a nada ni a nadie, ni a negociar una salida pactada para aquella dramática guerra, como bien sabía Negrín gracias a sus negociaciones internacionales. Por otro lado, como sostienen historiadores poco partidarios de las tesis de Negrín, la acción de los sublevados en Madrid contribuyó a dificultar la evacuación de republicanos hacia el exterior en aras de salvar el mayor número de vidas posibles.³⁹ El golpe de Casado supuso la apertura de un nuevo tiempo político para las izquierdas españolas que desarrollarán, ya en el exilio, una partida de ajedrez en el peor de los tableros posibles. Divididos y enfrentados por las responsabilidades en la derrota, se enzarzaron en un agrio debate en torno a la legitimidad de las instituciones, cuestionando la raíz misma de su propia fuerza. Se puede decir que entre marzo y julio de 1939 se asentaron las bases que iban a marcar la vida política del exilio a lo largo de la decisiva década de los cuarenta. Sin realizar un repaso sumario por aquellos acontecimientos, que transcurrieron en el peor momento posible, nada de lo ocurrido después se puede entender.

No entraré aquí a realizar un análisis en profundidad de las reuniones de la Diputación Permanente celebradas en París en 1939, que supusieron el intento definitivo por acabar con la legalidad republicana representada por el gobierno Negrín.⁴⁰ Aquella actitud de algunos de los prohombres más importantes de la izquierda española ponía en evidencia la imposibilidad de superar, ante el nuevo tiempo político que se abría, las divisiones de la guerra. Sin un gobierno en el exilio que actuase como voz única y consensuada de la España democrática, difícilmente podían influir en un más que complicado contexto internacional, marcado por el ambiente prebélico. La decisión adoptada por la Diputación Permanente de las Cortes en julio de 1939, que declaró desconocer el Gobierno Negrín fue una extralimitación de funciones. Historiadores como Hartmut Heine o Ricardo Miralles sostienen que se trató de una extralimitación y un error político evidente.⁴¹ El propio Largo Caballero reconoció que los argumentos de Prieto para acabar con el gobierno de Negrín eran inconsistentes.⁴² Negrín y sus partidarios no acataron aquel relevo forzoso y, de esta manera, la división se tornó, más que profunda, insalvable. La imposibilidad de construir un ambiente superador, capaz de restañar las heridas generadas a lo largo de la contienda, causaron a medio plazo importantes desafecciones tanto cuantitativas como cualitativas. Muchos fueron los exiliados que optaron por distanciarse de la actividad política cotidiana.

Llegados a este punto, resulta imprescindible plantearse cómo afecta la experiencia del exilio al desarrollo de las culturas políticas. La experiencia del exilio implica inevitablemente un punto de inflexión en toda cultura política. Si bien en muchas ocasiones, a lo largo del siglo XIX, el exilio constituyó una fuente de enriquecimiento de las culturas políticas que, a través de algunos líderes entraban en contacto con ideas, prácticas y simbología novedosas, el exilio del siglo XX contribuyó de forma notable a romper y transformar la dinámica de muchas de éstas, en tanto en cuanto quedaron privadas de su sustrato «natural» durante un tiempo prolongado que, en la práctica, las condenaba a una muerte por inadaptación. La distancia de España perjudicó a todos y cada uno de los principales actores de las culturas políticas que veían cómo sus discursos perdían precisión, su simbología propiciaba los conflictos y sus prácticas colectivas se articulaban en torno a un hecho traumático, como la pérdida de la guerra, hecho que sólo propiciaba ahondar aún más en el trauma colectivo. Además de esto, el exilio favoreció la proliferación de una cierta impunidad política, derivada de la falta de mecanismos de control, que permitían a un militante o dirigente político saltarse las disciplinas de partido sin demasiados problemas. Así, cualquiera podía arrogarse la representación de su organización, favoreciendo el desconcierto político de muchos militantes que no lograban entender todos aquellos problemas. Por si todo esto fuese poco, los

derrotados que pudieron escapar de la dictadura se encontraron con que la pérdida de la guerra tenía consecuencias sociales y culturales de gran alcance. La pérdida de la República, pero sobre todo de España, significaba para ellos el quebranto de sus vidas, tal y como las habían planeado o soñado. Al salir de España dejaban atrás a buena parte de sus familiares, de sus amistades, también de sus espacios cotidianos. El exiliado republicano tuvo entonces que iniciar un proceso difícil de reinventarse, tratando de ser fiel a sus principios más elementales.

Las diferentes culturas políticas tardaron un tiempo en reponerse y ser capaces de articular discursos propios que afrontasen las dificultades del futuro. Así, se perdieron al menos tres años decisivos en mirar hacia el pasado reciente y en ahondar en las divisiones. En 1942, con la extensión de la guerra europea a un conflicto mundial, los exiliados trataron de poner en marcha estrategias propias, incapaces de trascender las divisiones existentes. Tres grandes proyectos de Estado pugnaron de nuevo por la hegemonía política, fracasando todos ellos antes de 1950. Republicanos liberales, socialdemócratas y obreristas trataron de imponer su estrategia para la recuperación de España sin éxito. Estrategias y discursos contruidos sobre el resentimiento y las divisiones de la guerra que no hicieron sino impedir acercamientos y diálogos imprescindibles en aquellos difíciles momentos. La evidencia de su fracaso fue progresiva y tuvo muy distintas manifestaciones. En primer lugar, el progresivo pero constante abandono por parte de la militancia de la actividad política cotidiana. Las Asambleas fueron reduciendo sus asistentes en la medida en que éstos sentían que sus iniciativas resultaban estériles. En segundo lugar, la incapacidad para construir espacios de sociabilidad estables propios, particulares, donde poder mantener y aglutinar a las huestes. Las organizaciones políticas en el exilio tuvieron que conformarse con la publicación de boletines propios, pero, salvo raras excepciones, los exiliados optaron por construir espacios de sociabilidad abiertos, donde lo español estaba por encima de las divisiones políticas. En el fondo, la inmensa mayoría de los exiliados en México querían superar las divisiones políticas existentes, frente a las direcciones de los partidos que continuaron enfangándose como si la guerra no hubiese terminado.

Mientras, muchos exiliados republicanos en México tuvieron que buscar su camino para superar aquella derrota. La única vía que encontraron muchos de ellos para establecer un nuevo camino, ya no tanto político como vital, fue la construcción de una nueva identidad que les permitiera sobreponerse al clima de división interna. Para ello, resultó imprescindible mirar a México, articular un espacio propio en la sociedad de acogida buscando la manera de no renunciar a su pasado. Surgía así la identidad del refugiado fundada en torno a un nuevo imaginario, compuesto de diversos elementos encaminados a definir su nueva situación. Sabemos que las identidades se construyen en oposición a un «otro», un enemigo, un rival, un diferente. Se construyen en función de similitudes, en la mayor parte

de los casos análogas, que tienen un fuerte contenido simbólico y, en ocasiones, ficticio. La identidad se articula en torno a muchos silencios y muchos olvidos que tratan de no perturbar esa imagen irreal que pugna por ser la «verdad». Se trata, por tanto, de una construcción discursiva que busca justificar posiciones, roles, acciones y actitudes de diversa índole. Identidad y exilio tienen en ese sentido una importancia central. Todo exiliado está sometido a un complejo proceso de reelaboración identitaria a través de la cual poder interactuar, presentarse ante unos interlocutores nuevos. El exiliado debe trabajar por explicar quién es, por qué está exiliado, debe explicar quién lo expulsa, por qué necesita refugio para poder integrarse de ese modo en un país con serias restricciones para el sostenimiento de la actividad política de cualquier tipo de extranjeros, incluidos los españoles. Un difícil proceso que implica una reformulación en clave personal, pero, cuando se trata de un colectivo tan numeroso, acaba afectando a muchas y muy variadas manifestaciones sociales, culturales y políticas.

La identidad del refugiado se construyó en oposición a los españoles que anteriormente habían llegado a México. El refugiado no era ni el conquistador ni el abarrotero, sino que representaba a otra España bien diferente. El refugiado republicano era culto, de pensamiento avanzado y no iba a México a explotar, sino a contribuir a su desarrollo. El refugiado comulgaba con la Revolución mexicana e idolatraba al presidente Cárdenas.⁴³ Verdades oficiales elaboradas desde la simplificación, donde la actividad política cotidiana no tenía un espacio visible. Así, los exiliados se convirtieron en refugiados también como terapia para superar tanto horror, tanta división y tanta muerte, para iniciar nuevas vidas en un país que estaba despertando económicamente y que representaba un lugar de oportunidades de crecimiento personal, profesional y sobre todo económico, infinitamente mayores que la España de los años cuarenta. De este modo, muchos fueron los que comenzaron a mirar a España de forma diferente, siempre con interés, en ocasiones con resentimiento, pero con una cierta perspectiva que da la distancia y las ganas de vivir y superar las malas experiencias.

CONCLUSIONES

La fractura política y social producida por la Guerra Civil entre los defensores de la legitimidad republicana, resulta capital a la hora de analizar la propia evolución de las distintas culturas políticas que mantuvieron una más que difícil convivencia a lo largo de los años que la dictadura franquista estuvo al frente de los destinos de España. Los efectos traumáticos de una guerra total, donde la población civil fue objetivo de guerra para los sublevados, causaron efectos secundarios que los españoles arrastrarían durante décadas. Miedos, inseguridades y desconfianzas proliferaron en las conciencias de aquella generación que, para muchos de

sus miembros, resultaron insuperables. La imposibilidad de establecer una alianza duradera entre las distintas culturas políticas que compartieron exilio, tiene sus raíces en los efectos traumáticos de la guerra. En gran medida, las culturas políticas salieron al exilio agotadas por el desgaste de la guerra, desorientadas sobre el qué hacer en el futuro inmediato, incapaces de sobreponerse al trauma colectivo, pero también individual.

La tendencia a focalizar en las pugnas personales de determinados dirigentes la responsabilidad de estos enfrentamientos resulta, en gran medida, reduccionista. Sin duda, fueron muchos los factores que operaron a la hora de imposibilitar restañar las heridas. En primer lugar, habría que resaltar la incapacidad de recuperar el pacto y la negociación entre las distintas organizaciones, frente a la proliferación de una política maximalista, tremendamente ideologizada, con un alto componente excluyente, basado en el prejuicio, la reticencia y la desconfianza. En segundo lugar, habría que reflexionar más a fondo sobre hasta qué punto una parte del lenguaje desplegado por los sublevados no acabó influyendo en algunas personalidades bienintencionadas que, arrastradas por la proliferación de hechos lamentables dentro del bando republicano, aplicaron con mucho celo sus fuertes convicciones morales. En tercer lugar, sí que entrarían cuestiones de índole personal que, sometidas a la fuerte tensión emocional propia de la guerra, desestabilizaron importantes relaciones de amistad, confianza y colaboración. Habría que resaltar, por último, la incapacidad de articular políticas adaptadas a las circunstancias del exilio. En buena medida, muchas organizaciones y muchos dirigentes pretendían continuar actuando políticamente como si estuviesen en España. Las condiciones de acogida de México influyeron en la desarticulación política de los exiliados, en la medida en que la distancia, por un lado, y las condiciones restrictivas para el desarrollo de actividades políticas, por otro, y favorecieron la integración en el país receptor. Con todo, sin tratar de combinar todas estas cuestiones difícilmente podemos entender la pronta descomposición de las distintas culturas políticas en el exilio.

NOTAS

- ¹ Este trabajo ha sido posible gracias a la Beca predoctoral de la Cátedra Eulalio Ferrer de la Universidad de Cantabria, 2006-2010.
- ² Resulta difícil presentar una selección acerca de los últimos libros publicados al respecto, destacan FABER, Sebastiaan, *Exile and Cultural Hegemony, Spanish intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002; ALTED VIGIL, Alicia, *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*. Madrid, Aguilar, 2005; MATEOS, Abdón, *De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005; HERRERÍN, Ángel, *El dinero del exilio, Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra (1939-1947)*, Madrid, Siglo XXI, 2007; LIDA, Clara E., *Caleidoscopio del exilio*,

- actores, memoria, identidades, México DF, El Colegio de México, 2009; ANGOSTO, Pedro Luis, *La República en México, con plomo en las alas, 1939-1945*, Sevilla, Renacimiento, 2009; DUARTE MONTSERRAT, Ángel, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, MATEOS, Abdón, *La batalla de México, final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados 1939-1945*, Madrid, Alianza, 2009, entre otros.
- ³ ALMOND, Gabriel A. y VERBA, Sidney, *The civic culture: political attitudes and democracy in five nations*, Princeton, Princeton University, 1963.
- ⁴ Véase el monográfico de la revista *Zona Abierta*, n.º 77-78 (1996).
- ⁵ CABRERA, Miguel Ángel, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid, Cátedra, 2001; SUÁREZ CORTINA, Manuel, «Las culturas políticas del liberalismo español, 1808-1931», en DELGADO, José Miguel y OLLERO, José Luis (coord.), *El liberalismo europeo en la época de Sagasta*, Madrid, Biblioteca Nueva, Fundación Sagasta, 2009, pp. 34-61; MIGUEL GONZÁLEZ, Román, *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007; DIEGO ROMERO, Javier de, «El concepto de «cultura política» en ciencia política y sus implicaciones para la historia», en *Ayer*, n.º 61, (2006), pp. 233-266.
- ⁶ MORÁN, M.ª Luz, «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural» en *Zona Abierta*, n.º 77-78 (1996), pp. 6-7.
- ⁷ Para Castoriadis, véase sus obras CASTORIADIS, Cornelius, *La institución imaginada de la sociedad*. Barcelona, Tusquets, 1983; CASTORIADIS, Cornelius, *Los dominios del hombre: las encrucijadas del Laberinto*. Barcelona, GEDISA, 1995 [1ª Ed. 1986].
- ⁸ CABRERA, Miguel Ángel, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 53.
- ⁹ PÉREZ VEJO, Tomás, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nóbel, 1999, p. 18.
- ¹⁰ Es difícil realizar una selección de la bibliografía acerca de la Guerra Civil española; TUÑÓN DE LARA, Manuel (ed.), *La Guerra Civil española: cincuenta años después*, Barcelona, Labor, 1986; ARÓSTEGUI, Julio, *La Guerra Civil, 1936-1939: la ruptura democrática*, Madrid, Temas de Hoy, 1997; PRESTON, Paul, *La Guerra Civil española*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000 o el número 50 de la revista *Ayer* dirigido por Enrique Moradiellos son magníficas lecturas al respecto.
- ¹¹ El conocido relato de Orwell sigue siendo una obra de referencia, ORWELL, George, *Homage to Catalonia*, Barcelona, Ediciones Destino, 2003, [1ª Ed. 1938].
- ¹² RADCLIFF, Pamela, «La representación de la nación. El conflicto en trono a la identidad nacional y las prácticas simbólicas en la Segunda República» en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.); *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza Universidad, 1997, pp. 324 y 325.
- ¹³ CASANOVA, Julián, *De la calle al frente, el anarcosindicalismo en España 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1997.
- ¹⁴ La importante visión del general Rojo quedó recogida en su obra, ROJO, Vicente, *¡Alerta los Pueblos! Estudio político-militar del periodo final de la guerra española*, Buenos Aires, Ed. Aniceto López, 1939.
- ¹⁵ Véase BAHAMONDE, Ángel, y CERVERA, Javier, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999.
- ¹⁶ JULIÁ, Santos, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2009.
- ¹⁷ El artículo 74 de la Constitución Republicana de 1931 así lo contempla.
- ¹⁸ Véase la obra de VIÑAS, Ángel y HERNÁNDEZ, Fernando, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009.

- ¹⁹ MERA, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976. Cito de la segunda edición, publicada en 2006, pp. 285-288. Esta conversación también está recogida en la excelente biografía de Negrín realizada por MORADIELLOS, Enrique, *Negrín, una biografía de la figura más difamada de la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 2006, p. 435.
- ²⁰ VIÑAS, Ángel, *El honor de la República*, Barcelona, Crítica, 2008.
- ²¹ Véase ESPAÑOL, Luis, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la Guerra Civil*, Madrid, Almena, 2004.
- ²² Manifiesto del CC del PCE de 18 de marzo de 1939. Serie Documentos PCE, Carpeta 20, Archivo del PCE.
- ²³ LIDA, Clara E., «Lázaro Cárdenas y la Guerra Civil española» en *Claves de Razón Práctica*, No 57 (1995), pág. 66, véase también ORTUÑO, Manuel (ed.), *Diplomáticos de Cárdenas. Una trinchera mexicana en la Guerra Civil (1936-1940)*, Madrid, Trama editorial, 2007.
- ²⁴ Véase GUILLÉN, Fedro, *Fabela y su tiempo, España, Cárdenas, Roosevelt*, México, Imprenta Arana, 1976.
- ²⁵ Véase la Carta de Lázaro Cárdenas a Isidro Fabela de fecha 17 de febrero de 1937 donde el Presidente mexicano fija los márgenes de actuación en los que Fabela puede moverse en su defensa de la República española. Archivo Isidro Fabela, México DF, IF/II.4-077, p. 7.
- ²⁶ Así lo ha demostrado Clara E. Lida, véase su trabajo ya citado LIDA, Clara E.: «Lázaro Cárdenas y la Guerra Civil española», p. 70.
- ²⁷ Carta de Isidro Fabela a Lázaro Cárdenas de fecha 18 de julio de 1937. IF/II.4-077, pp. 42-49. En esta crucial comunicación Fabela informa a Cárdenas de las conversaciones mantenidas entre Leon Blum y Luis Jiménez de Asúa donde el dirigente francés reconoce sentirse avergonzado de su actitud hacia España, debida a las presiones del Reino Unido. Para esta cuestión, MORADIELLOS, Enrique, *Franco frente a Churchill: España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*, Barcelona, Península, 2005.
- ²⁸ Véase la historia de esta institución en LIDA, Clara E., *La Casa de España en México*, México DF, El Colegio de México, 1988.
- ²⁹ El testimonio del propio Vidarte lo atestigua. Véase su autobiografía, *Todos fuimos culpables*, Barcelona, Grijalbo, 1978 y analizado por José Antonio Matesanz en *Las raíces del exilio*, pp. 247 y sig.
- ³⁰ HERRERÍN. Ángel. *El dinero del exilio, Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra (1939-1947)*, Madrid, Siglo XXI, 2007.
- ³¹ Véase nota 48 en MATEOS, Abdón, *De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, p. 86.
- ³² YUSTE DE PAZ, Miguel Ángel, *La Segunda República española en el exilio en los inicios de la Guerra Fría (1945-1951)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005.
- ³³ Véase su Artículo «Hasta cuándo vais a seguir engañando al pueblo a cuenta de la decencia de los demás», fechado en Londres a 13 de junio de 1939, FPI-AMAC-161-167, pp. 1-7.
- ³⁴ Véase MATEOS, Abdón, *La batalla de México, final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados (1939-1945)*, Madrid, Alianza, 2009.
- ³⁵ Así lo sostiene la declaración de la Junta Española de Liberación en México, el 23 de diciembre de 1943.
- ³⁶ Fundamentalmente las organizaciones republicanas liberales, esto es, Izquierda Republicana, Unión Republicana y el Partido Republicano Federal, así como el sector prietista del PSOE.
- ³⁷ ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio, *La guerra empezó en España*, Editorial Séneca, México DF, 1940.

- ³⁸ En su publicación *España Popular* se puede rastrear este discurso a lo largo de 1940.
- ³⁹ MATEOS, Abdón, *La batalla de México...*, p. 57.
- ⁴⁰ Esta cuestión la he analizado en mi tesis doctoral, *Estado y nación en las culturas políticas del exilio republicano en México, 1939-1978*, dirigida por el profesor Manuel Suárez Cortina en la Universidad de Cantabria.
- ⁴¹ HEINE, Hartmut, *La oposición política al franquismo*, Madrid, Crítica, 1983, p. 30 y MIRALLES, Ricardo, *Juan Negrín, La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003. pp. 336-337.
- ⁴² Véase la referencia que hace Enrique Moradiellos en *Negrín...*, p. 492, nota 64.
- ⁴³ HOYOS PUENTE, Jorge de, «La construcción del imaginario colectivo del exilio republicano en México: los mitos fundacionales» en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen, *Ayeres en discusión, temas clave de historia contemporánea hoy*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.